

LUIS GUILLERMO PIAZZA

DECADENCIA Y LITERATURA

O lo que es lo mismo si se está en Buenos Aires, Argentina, y se cree en nombres como Silvina Bulrich, Francisco Luis Bernárdez, Silvina Ocampo, y algunos otros.

BUENOS AIRES ISABELINO.— La ciudad poblada de tu nombre, como escribió Francisco Luis Bernárdez en días que al menos parecían mejores (aunque ya se decía por entonces que nada-es-como-antes, esas cosas, Argentina es siempre el país de la nostalgia, no sólo ahora que se ha puesto de moda, la nostalgia; lo tuvo todo "antes").

La ciudad parada, impresionante, sin nada que hacer; quien no lo haya vivido no puede ni empezar a imaginárselo, como un inmenso domingo que sigue y sigue, sin teatros, sin cines, sin periódicos, sin transportes, sin cafés, nada. Ochocientos millones de dólares de pérdida por el paro. Argentina is dying, repite ominosamente el Buenos Aires Herald.

Uno quisiera traspasar la belleza de la gente, averiguar qué se siente por dentro, qué significa ser de aquí y ahora. ¿Se trata de un estado de ánimo o de arraigada persuasión? Tanta decadencia en un pueblo que nació para estar al día: en el avión, en el cruce de los Andes desde Santiago de Chile, uno de los espectáculos naturales más asombrosos del mundo, unos veinte jóvenes de 20 a 25 años, todos parecidos entre sí, rubios del tipo Ryan O'Neal sólo que más grandotes y fuertes, algo así como mutantes al revés porque evidentemente no son de esta época, con su pelo corto y la salud ele-

mental de los niños bien comidos, pertenecen a la Unión Argentina de Rugby, no se asomaron ni una vez a las ventanillas pero se asombraron con 3 cosas en el avión:

La azafata porque era negra... los aparatitos de sonido para colocar en los oídos como estetoscopios... un ejemplar de un periódico mexicano porque es a colores... Tarzanes deshibernados para la tecnología.

Hay que conversar con los que saben, con "los hombres sabios" como dice el tango, a los que hay que preguntarle "qué debo hacer". Malraux ha estado aquí recientemente, y lo metieron en una larga mesa de Victoria Ocampo en su famosa casa de San Isidro. Cada quien en su papel, me cuenta un sobreviviente de la escena cuyo nombre no me es permitido revelar. Cada quien pensando qué dirá de mí la Historia Literaria cuando se escriba de este momento: Borges ciego, aparentemente ajeno, dirán que con su bastón hacía un hoyito en el suelo... Victoria ciega a su manera, dirán que jugaba con las miguitas de pan en aislado filosofar sobre la suerte femenina... Eduardo Mallea, que sonreía con misterio como evocando las glorias pasadas... Todos para sí y de por sí. Parece, pues, que en un momento dado Malraux se levantó de la mesa con todo el ennuí del mundo, de su mundo, y entre otras cosas (alusivas a ese mundo tan perdido, tan ensimismado, tan ajeno) dijo: "Victoria apostó todo a su belleza. Hoy la acariciaría entre sus brazos como a un niño muerto". Muy francés. O sea, el eterno retorno.

Platicó con Silvina Ocampo (en el velorio de la ma-

dre de Borges):

"Dicen que parezco judía... no es cierto, parezco judío. Ya no escribo cuentos, ahora sólo me interesa el teatro. ¿Qué extensión debe tener una obra? ¿Cuánto te dura si la lees? ¿Cuarenta minutos? voy bien. Detesto los viajes. A ninguno de nosotros (el "nosotros" más total y exclusivo, como un eterno club no vejado por las hordas peronistas) nos gusta viajar. Fui a Nueva York "shhorq", ¡qué espanto! Adolfito (Bioy Casares, su esposo) está en París, pero sólo por negocios. Sabes que te están haciendo la película, La Guerra del Cerdo. Podés llamarme, este es mi teléfono, pero tené paciencia, no te contestarán, yo nunca atiendo el teléfono, trataré de llamarte yo..."

Con Silvina Bullrich (en su departamento de avenida Alvear, recién desempacada de Italia): "Les arrancan las carteras a las mujeres, cuarenta carteras arrancaron en una sola tarde en la Piazza Navona cuando yo estaba tomando el café... Después me vengo aquí y me encuentro con que todo el mundo se queja, no hablan más que de la inflación, gente "bien" como nosotros, señores grandes, te dicen ché los tomates se fueron a los dos mil pesos, los espárragos subieron a mil quinientos, las camisas a cincuenta mil, pero ché... ¿artículo por artículo!, por qué no dicen subió todo, qué cobardes... y querían que fuera a esa reunión de las mujeres de México, ¡pero sí los hombres están peor que nosotras! No es el momento de atacarlos, pobres, no hay que aprovecharse, si me invitas al concurso de Novaro sí voy, ya sabes que como jurado soy una fiera, y sigo siendo best-seller número uno de Buenos Aires".